

SER ADLERIANO HOY

Ser-adleriano-hoy. Con el interguionado esta prebenda adquiere matices de mandato, de oportunidad existencial, de llamamiento a un orden resueltamente psicofísico. Recuerda al ser-o-no-ser hamletiano, o incluso la tarea de llegar-a-ser-humano de la que hablaba Kierkegaard en alguna posta de su solipsismo cristiano. En un escaparate de objetivos adulterados como es la realidad fenoménica actual nos preguntamos si no entrañará mayor comodidad un posicionamiento de conservación y no de consecutividad, si no estaremos haciendo apología de una doctrina difícilmente traducible a la práctica en la oscuridad que comporta el vacío *del* ser y, a veces, el vacío *de* ser, de manera que cobre todo su sentido aquella conclusión de contabilidad existencial desalentadora que enervaba a Schopenhauer: la vida es un negocio que no cubre gastos.

Yo *ayer* no era adleriano. Se preguntarán que hace entonces hoy un abogado teorizando sobre procesos psicológicos y no legales o jurisprudenciales, braceando en una temática pantanosa tramada por constructos enfangados. Para mí el Derecho es una forma de vida; pero Adler es un estilo de vida. Y quien elige ser una sola vez depositario de ese precipitado alquímico obtiene la purga de un impedimento que se convierte en devoción: el deseo-de-saber-más, y, si me apuran, el deseo-de-saber-más-allá, como una ingerencia insolente en el proceso de la vida del alma del mundo cuando el más acá (el *más adentro* agustiniano que supongo llevó a Rilke a formular “seno interior es todo”), aún no ha sido conquistado, pero sí colegido.

Empeñarme en Adler fue desempeñar mi cristalino del velo del “maya” que cualquier hinduista atribuiría más a una ceguera que a un atributo de la ignorancia. Si me permiten la metáfora psicossimbólica, en mi edificio de tres pisos (inconsciente, subconsciente, consciente) existía una bajante de largo recorrido que canalizaba las aguas pluviales, inconmensurables, dispersas, para depositar en su parte inferior, sobre mi mano, el aporte ya adiestrado por su canalización elemental. Cerré mi mano como Zenón su puño para apresar la verdad, el porqué de la conversión de una inferioridad improductiva y dispersa en un resultado concreto y glorioso, el resultado compensado de una falibilidad apriorísticamente estéril aunando sincréticamente dos pesos: el de un yugo y el de la llave de su cerrojo. Así descubrí a Adler, disparado desde la recámara vienesa para en mi celebración orgiástica del intelecto llegar mucho más lejos que los blindajes del colectivo inconsciente o que la revolución telúrica de las represiones sexuales como coartada de un progreso por eliminación. Adler me hablaba de demasía frente a carestía, de voluntad frente a sumisión, de coordinación recreadora frente a marasmo. Goethe decía que leer una

página de Kant era como entrar en un aposento lleno de luz; Rilke aseguraba que descubrir la obra de Cezanne había supuesto para él un incendio de clarividencia, y Schiller que ya había merecido la pena vivir si lo era para poder leer el capítulo XXIII de La Ilíada. Sólo estos engranajes de asombro aristotélico pueden conducir a una esplenectomía de la intuición, a una implosión de esquemas antagónicos para vertebrarlos en certidumbre definitiva y coincidencia *oppositorum*, en una verdad más allá de una propedéutica de presunciones bien organizadas. Descubrí a Adler con el esfuerzo de la Venus de Milo, con un no sé si tesón u osadía adscrita a mi falta de apoyaturas psicológicas, al haber afrontado mi vida universitaria tras imposición de progenitura por otros derroteros menos sospechosos, y así tuvieron en casa un jurista de 22 años, pero también un psicólogo frustrado que desde entonces ha de compartir tramoyas literarias y psicológicas en su tiempo libre para hallar la *aura mediocritas* de una justicia satisfactiva.

Descubrí a Adler en una ensoñación pensante sin patronímicos, o sea, cuando aún no sabía quién era Adler y mi composición de las cosas en una cultura general bien aseada sólo desvelaba el consabido binomio de resortes aduaneros entre consciente e inconsciente: Jung-Freud, con el absoluto desapercibimiento, frecuente en España, del otro soporte de la tríada ya socorridamente engranada. Descubrí a Adler cuando ya me había propuesto auscultar el fenómeno de la inferioridad como vértebra primordial del escorzo sobrecompensador, y de hecho ya había iniciado mi ensayo (hoy felizmente concluido y publicado bajo el título “El mito de la fealdad”) cuando en alguna referencia psicoestética de las miles que maneje apareció, al modo del *serendipity* del científico americano, el nombre de Adler y su filiación doctrinal acompañada en un gigantesco eje ternario con cuya aprehensión ya eran posibles mis variaciones sobre el tema predefinido de antiguo: sentimiento de inferioridad=cristalización en complejo de la inferioridad no superada=afán de superioridad tendente a la idealidad como transposición neurotizante de un conflicto urgido de solución positiva e integradora. Así surgieron Adler y la psicología individual entre mis códigos y leyes, emergiendo al modo de esa “incomunicación protestada” de la que con amables resonancias adlerianas habla Castilla del Pino, reivindicando su lugar en la vida de mi alma, en la necesaria reorganización de mis intelecciones, en las páginas de mi libro, que Adler transe, nutre e hilvana al modo de un hilo conductor cuya fricción sentí de continuo como sintió Ariadna el suyo en su mano para salir de su *nusquam* laberíntico. Por fin el puño de Zenón apresando una evidencia ya no pre-lógica. Ahí estaba el mago esperándome con su logomaquia de juegos compensadores y desarrollos ficcionalistas, sorprendiéndome en la impostura de una caterva ideológica necesitada de plasmación científica, al fin sobrevenida, reprogramando mi pasión por la

dialéctica con vectores huidizos de absolutos hegelianos y más cercanos a aquello que Kierkegaard llamaba la “dialéctica de la tarea” como exigente de enervación para el niño enfrentado (*rectius* confrontado) con la realidad. Será esta realidad apresada en su polaridad de posibilidades y no fugada el tablero comunitario donde el hombre se proyecte como tarea y desarrollo en una gloriosa y solipsista reducción de la utilidad positivista, donde fabrique su yoísmo con materiales regeneradores ante el apremio de sucederse a sí mismo (¿una sugerente plasmación del eterno retorno nietzscheano aplicada al *self* como una concatenación de *arrangements*?). Sus principales herramientas serán la voluntad y la libertad: voluntad enérgica de transmutar realidad en idealidad, libertad para querer esa y sólo esa voluntad, de ahí que en la psicología adleriana el constructo de la represión sea sólo un mentidero referencial y se prefiera la elipsis terminológica para centrar su significación en lo que ella llama un “no-ser-lícito-saber”.

Desde esa pericia existencial podrá entenderse que en la psicología adleriana sea combatida toda posición determinista en cuanto negación de todo requerimiento compensador y, por tanto, aprisionamiento en una inferioridad captada y entonces padecida como inamovible/irrentable fatalidad, terreno refractario a la neurosis como *primum mobile* del ser ideal, urgido de brechas psicológicas profundas. Se adleriano hoy no es una opción ni una invitación: es una pertinente necesidad, y ello desde el momento en que Adler imbrica axiomáticamente la inferioridad en el núcleo vital del ser por el hecho de quedar encarnado como hombre antes de cualquier revelación, en similar posición a la mantenida por Rousseau respecto a la bondad innata, si bien en su caso resulte pervertida por la contaminación social en una dislocación funcional del sentimiento de comunidad, en la que no creía el ginebrino. Centrada buena parte de mi ensayo en la inferioridad vivenciada por el artista como oportunidad transformadora, vienen muy al caso estas palabras de Adler: “El artista es un hombre que, aguijoneado casi siempre desde su más tierna infancia y soportando todo género de penalidades, pobreza, anomalías de la vista y el oído y, por regla general, unilateralmente mimado, se libera ya en sus más tempranos años de su grave sentimiento de inferioridad y lucha con exacerbada ambición contra la angosta realidad, con la noble pretensión de ampliarla tanto para sí como para los demás” (*El sentido de la vida*). El avance de líneas existencial no es en el artista una progresión circular, sino esencial. El artista que se siente inferior no conjuga su dinamismo sobrecompensador en un libre juego creativo, sino en una amplitud de categorías y la pulsación de otras hasta entonces inactivas. Deja de ser artista para ejercer un legítimo intrusismo en el campo minado de la alquimia; ya no será un mero hacedor de objetos maravillosos (*daidala*), sino el objeto-en-sí, el resultado de un repliegue de la consecuencia hasta la

causa o de una alteración de la causa proyectada hasta su finitud más periférica: el mismo hombre pero resituado en su dimensión extrema, apologética, el ser ideal celebrado en su locación existencial.

Pero es que el “carácter neurótico” tal como Adler lo entendía es un concepto actualísimo de aplicación a nuestra sociedad civil y política, al menos a la española, especulada por *hombres impetuosos* de virilidad metafóricamente emasculada por un sentimiento de inseguridad que trunca su progreso y sólo se resuelve mediante una operación falsificadora tendente a reforzar el sentimiento de personalidad, conspirando debilidad y voluntad de poder para fines neuróticos que brindan la transición deseada. De esta polaridad se deriva la teoría de los “pares antagónicos” adleriana, su estar arriba *versus* abajo, el principio masculino como filo de lo femenino (no deseado) a erradicar, o sea, las “oposiciones polares” de Lombroso o la “ambivalencia” de Bleuler, nomenclaturas todas ellas que hallarían su fuente primordial no exegética en el Libro de las Mutaciones, atribuido a Confucio. Miremos adonde miremos, hagámoslo con el oído afinado en la percepción de sucesos o *telos* psicológicos innegables: todo a nuestro alrededor es un engranaje silencioso de correas transmisoras que resitúan la inferioridad en lo que por fin he descubierto es el paraíso del hombre: su ser ideal. Y esto lo dice quien le fue diagnosticada disritmia cerebral hace ocho años y quien, por fuerza, ha tenido que desobedecer la prescripción de descanso mental para pensar el doble de tiempo y con el doble de esfuerzo, convirtiendo aquella dialéctica de la tarea en una duplicidad de la tarea...

Para el Centro de Estudios Adlerianos
Dr. Alberto Zurrón
Julio de 2006.